

Alicante

REPRESIÓN Y SEVICIA



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

En la historia de Alicante hay dos figuras políticas, ambos gobernadores, que los cronistas sitúan en extremos opuestos.

Si **Trino González de Quijano** se ganó el reconocimiento y el afecto de los alicantinos durante los pocos días que ejerció su cargo en agosto de 1854, por su solidaridad y entrega en la lucha contra la epidemia de cólera que padecía la ciudad, hasta el extremo de ser él mismo una víctima mortal de la misma, **Pedro Fermín de Iriberry**, que fue gobernador militar y político desde 1823 hasta 1832, pasó a los anales por su excesiva crueldad.

Depuración

El brigadier Iriberry llegó a Alicante en diciembre de 1823, poco después de que los liberales que defendían la ciudad, tras un durísimo asedio, se rindieran a las tropas francesas que ayudaron a **Fernando VII** a restablecer el absolutismo. De esta manera, tras el llamado trienio liberal (1820-1823) comenzó la denominada década ominosa (1823-1833).

Las tropas francesas que ocuparon la ciudad respetaron los términos del acuerdo de capitulación, por lo que no molestaron a los liberales alicantinos, pero con la llegada del nuevo gobernador todo cambió.

Iriberry dispuso de un poder omnímodo al asumir el mando político, militar y administrativo. Restableció el Ayuntamiento realista, al frente del cual se puso él mismo con el cargo de corregidor; ordenó retirar de la ciudad todos los símbolos constitucionalistas y recibió con fervor a los religiosos que habían sido expulsados durante el trienio liberal. Su encono hacia los enemigos de su causa, el Altar y el Trono, le hizo poner en práctica de inmediato una represión furibunda contra los liberales.

No se conformó con la depuración política y religiosa que se puso en práctica en toda España por orden real (mediante las Juntas de Purificación de Empleados Civiles encargadas de revisar la conducta de los empleados públicos durante el trienio liberal, por medio de informes reservados de «personas de acreditada conducta, y marcadas por su adhesión al Rey») ni con el exhaustivo control que debían pasar quienes aspiraban a ocupar puestos públicos, a través de informes de buena conducta (política y religiosa), sino que, además, encarceló sin mediar delito alguno a todos los alicantinos libe-

rales o sospechosos de serlo, y confinó en conventos a aquellas personas cuya conducta religiosa era deficiente, en opinión de los sacerdotes y frailes más intransigentes. Todo ello impregnó la ciudad de un intenso ambiente de fanatismo religioso y de terror.

La primera acometida de Iriberry contra los liberales se produjo pocos días después de su llegada. El 26 de diciembre de 1823, como cada año, muchos alicantinos salieron de la ciudad para celebrar el segundo día de Navidad en el campo. Pero aquella tarde, con la excusa de una asonada ficticia, el gobernador ordenó cerrar las puertas de la ciudad y publicó un bando imponiendo pena de muerte a cuantas personas se encontraran por las calles. Mientras muchos alicantinos eran detenidos y sus casas registradas, el gobernador se personó en la puerta de San Francisco, en compañía de un nutrido grupo de soldados y de la camarilla de civiles absolutistas que le asesoraban, para controlar el acceso a la ciudad de quienes volvían. Siguiendo las indicaciones de sus colaboradores, mandó que prendiesen cuantas personas eran consideradas adictas al liberalismo.

Fueron tantos los alicantinos arrestados durante aquella tarde (más de seiscientos según algún cronista), que, tras llenarse los calabozos de los castillos y del cuartel de Artillería, hubo de habilitarse la casa de la Asegurada y el palacio de Puerta Ferrisa como cárceles improvisadas. Muchos de ellos estuvieron encarcelados cerca de año y medio.

Los liberales que no fueron apresados huyeron de la ciudad. También se exiliaron quienes lograron fugarse de prisión en octubre del año siguiente.

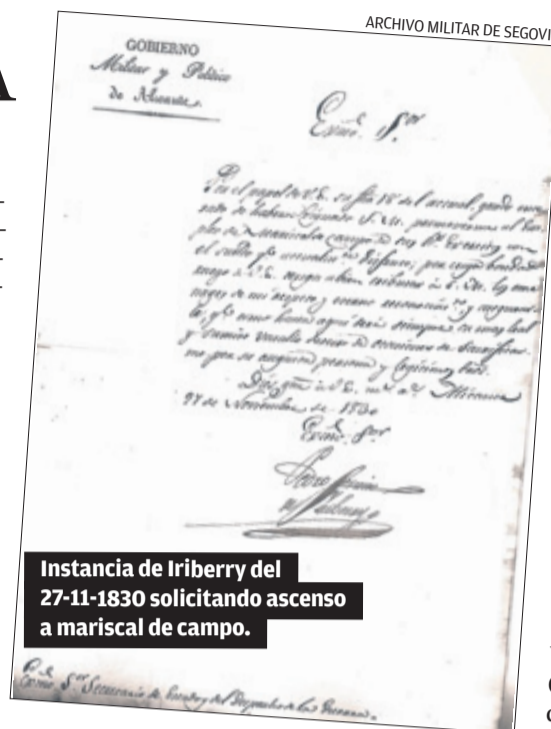
Fusilamientos

El 19 de febrero de 1826 desembarcaron en Guardamar unos ochenta liberales armados, al mando del coronel **Antonio Fernández Bazán**. Era la vanguardia de un pequeño ejército que debía promover un levantamiento contra el régimen absolutista. Después de entrar en contacto con los liberales de la provincia alicantina, su intención era tomar posiciones y esperar la llegada de refuerzos del exterior. Pero fue un rotundo fracaso.

En otro momento conocimos cómo fueron perseguidos durante varios días por el ejército y los voluntarios realistas, diezmados hasta quedar unos pocos supervivientes, y de cómo el enlace alicantino, **Bartolomé Arques**, murió heroicamente en una yesería de la Cañada de Fenollar.

El 22 de febrero entraron en Alicante 29 supervivientes, que fueron fusilados entre los días 23 y 27.

Cuentan los cronistas que Iriberry se presentó el mismo día 22 en la cárcel donde fueron encerrados, para notificarles personalmente su sentencia a muerte, que apaleó a uno de ellos y que dificultó la confesión y la extremaunción de quienes pidieron auxilio religioso. «(...)



Instancia de Iriberry del 27-11-1830 solicitando ascenso a mariscal de campo.

habiendo salido los reos de la cárcel, les siguió en toda la carrera (...), fue colocando él mismo a los reos en el puesto para ser fusilados, mandando él mismo también hacer fuego. Cuadro doloroso y lastimero ofreció aquel lugar, en el que no se oían mas que gritos y clamores de los que espiraban, pidiendo unos que se les acabase de matar y otros rogando a vista de sus compañeros ya moribundos que no les hiciesen padecer. Un fuego graneado se hacía en el circo, y en medio de esta confusión tan horrorosa, se veía al gobernador tentar con el baston los cadáveres de los reos para ver si alguno tenía vida», cuenta **Nicasio C. Jover**.

Mariscal de campo

En septiembre de aquel año de 1826, Iriberry solicitó le ascendieran a mariscal de campo, exponiendo los servicios acreditados hasta entonces a la causa del Altar y el Trono, incluido el último mérito «que contrajo en el desembarco que hicieron los revolucionarios **Selles, Bazan** y otros en costa de Alicante». Pero según una anotación del 10 de septiembre que figura en dicha instancia, el rey resolvió dejar el posible ascenso para «mas adelante».

Volvió a intentarlo en julio del año siguiente, reproduciendo la instancia y mencionando idénticos méritos, pero de nuevo la resolución real fue la misma: «mas adelante».



Paseo de la Reina.

Cuatro meses después, fue su esposa, **Angustias Benítez**, quien pidió el ascenso del gobernador alicantino, al mismo tiempo que ofrecía a sus dos hijos, de trece y nueve años, como guardias reales de menor edad. Pero casi cuatro meses más tarde, el 16 de marzo de 1828, se le comunicó que, por real orden del 14 de marzo del año anterior, «no se admiten Guardias de menor edad».

Iriberry insistió en su petición de ser ascendido el 23 de octubre de 1829, logrando por fin el 18 de noviembre del año siguiente su nombramiento como mariscal de campo, aunque con el mismo sueldo que tenía como brigadier.

Este ansiado ascenso colmó los deseos de reconocimiento de Iriberry, que ya poseía la Cruz de la Orden de San Hermenegildo desde 1816 y que posteriormente sería nombrado Gentilhombre de Cámara.

Amnistía y destitución

El 6 de octubre de 1832, un enfermo Fernando VII decretó la regencia de su esposa, quien firmó nueve días después el decreto que indultaba a todos los españoles condenados por delitos políticos. Esta amnistía propiciaba el regreso de los liberales exiliados, posibles aliados de la futura reina **Isabel II** en su pugna por la Corona con su tío **Carlos María Isidro**.

El retorno de los liberales no fue aceptado con agrado por los absolutistas más acérrimos, que veían con mejores ojos al candidato Carlos, lo que motivó que la reina regente expidiese un real decreto el 23 de noviembre destituyendo a los cargos en quienes menos se confiaba. Uno de ellos fue Iriberry.

Veinte días antes, el todavía gobernador alicantino, con la excusa de evitar que los liberales cometieran desórdenes, animados por «ridículas especies que circulan de restablecimiento de la constitución ó cámaras», ordenó al coronel del regimiento de Lorca, que guarnecía la ciudad, que «todos los días de correo de Madrid, que son lunes y viernes con una hora de anticipación a su entrada, bajo pretexto de ejercicio se halle toda la fuerza disponible del regimiento (...) formada en el Malecon plaza de parada, por si fuese necesario hacer uso de ella».

Esta fue la última demostración de fuerza de Iriberry en Alicante, ya que el 30 de noviembre de ese mismo año de 1832 fue sustituido como gobernador por el mariscal de campo **Mateo Ramírez**.

Durante los últimos tres años de su mandato, Iriberry promovió la construcción del malecón que se levantó entre el baluarte de San Carlos y el muelle, así como la mejora del paseo de la Reina, pero en la memoria colectiva de los alicantinos su recuerdo quedó ligado a lo largo de mucho tiempo a la represión y sufrimiento que causó durante los primeros años de su gobernación.

Pero, ¿cuál era la causa de la sevicia de Iriberry? La conoceremos en el próximo artículo.